

 Nada bueno
germina César Pérez
Gellida



DESTINO

Nada
bueno
germina

César
Pérez
Gellida

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1694

Siempre hay uno

Oficina del Banco Español de Crédito

Paseo de la Estación, 1 (Jaén)

20 de mayo de 1918, a las 10.04

El maldito factor humano.

Un segundo antes de ordenar al cerebro que el índice venza la resistencia del gatillo de su viejo Webley, Sebastián Costa ya sabe que los casi dos meses que ha invertido en la planificación del golpe se van a ir al garete. Casi dos meses con todas sus semanas, días y horas dedicados por completo a evaluar cada mínimo detalle, cada posible variable por muy remota que fuera, cada pormenor. Todo con el propósito de que este último atraco fuera un éxito.

Pero el maldito factor humano es del todo imprevisible.

Sebastián Costa lo ha intuido en el mismo instante en que ha irrumpido en el despacho del director de la oficina y él se ha limitado a retarle con la mirada sin ni siquiera mover un solo músculo de la cara. De largas y pobladas patillas unidas por un cuidado bigote, le ha recordado a aquel general de brigada que les ordenó fusilar a siete mambises que habían hecho prisioneros cerca de La Habana. El muy cabrón sostenía ese rictus plenipotenciario de quien está acostumbrado a dar órdenes y que otros las cumplan sin pestañear.

Nunca al revés.

Es verdad que Celestino Fuentes, su contacto dentro del banco, se lo había advertido: «Un hueso duro de roer». Y Costa lo ha corroborado en cuanto ha conectado con su mirada.

Ocurre siempre.

Siempre hay uno.

Todas y cada una de las veces que han asaltado un banco se ha topado con alguien que les ha generado problemas. Da igual la entidad que sea, la provincia o el municipio. Y lo mismo da que sea cliente o empleado, hombre o mujer. Ya le tocó lidiar con aquel cajero pecos y con ínfulas de héroe al que tuvo que dejar inconsciente de un culatazo en la sien en la oficina del Banco Hispano Americano de Dos Hermanas. O con el idiota al que le dio un ataque de nervios y al que tuvo que abofetear, amordazar y maniatar durante el asalto a la Caja de Ahorros de Jerez de la Frontera.

Siempre hay uno.

Y ese *uno* que tocaba hoy era el hombre al que acaba de disparar.

En su descargo habría que decir que no le ha quedado otra opción, y lo cierto es que a Sebastián Costa no le dolerían prendas si no se tratara del director de la oficina. Y no por ocupar ese cargo, no, sino por ser la única persona que conoce —conocía— la combinación de la caja fuerte que han ido a vaciar.

El olor de la pólvora flota en el aire.

—A la mierda —murmura Costa para sí.

Todo empezó el pasado 22 de marzo. Esa tarde, la persona que se hace llamar Fabrizio Montefalcone —el tipo que le proporciona información que él necesita y que de italiano tiene lo mismo que Cristóbal Colón— se presentó en el piso que tenía arrendado con Antonia en pleno

paseo del Gran Capitán de Córdoba para proponerle otro golpe. Un robo que, si conseguían llevarlo a buen puerto, les permitiría cumplir su sueño de cruzar el Atlántico y empezar una nueva vida en la que no tuvieran que estar mirando siempre hacia atrás.

—Mi contacto asegura que el 20 de mayo podría haber en esa caja más de trescientas mil pesetas —resumió Montefalcone.

Sebastián Costa se abstuvo de exteriorizar emoción alguna.

—¿Y por qué ese día en concreto?

—Por dos motivos. Las recogidas semanales las hacen los lunes pasadas las doce del mediodía. Pero, además, el tercer lunes de cada mes, antes de abrir al público, el Consorcio Minero de Andalucía envía el pago de los jornales de los miles de trabajadores que tienen repartidos por las distintas minas de la comarca. Vivimos tiempos modernos —concluyó.

—¿Me estás proponiendo que les quitemos el pan a las familias de la zona?

—No, hombre, no —se rio—. Se lo estás robando al Estado, porque te lo vas a llevar antes de que se produzca el pago. Como mucho, los afectados cobrarán una semana más tarde, pero puedes estar seguro de que cobrar, cobran. ¡Pues menudos son los mineros!

—¿Qué medidas de seguridad tienen?

—Eso os toca averiguarlo a vosotros. ¿O creías que te lo iba a dar todo mascado?

—¿Y no sería mejor asaltar por el camino a los que traigan todos esos billetes antes de que lleguen al banco?

—Bueno, tú verás si te conviene enfrentarte a tiros a la escolta de la Dirección General de Seguridad, que son los que se encargan del transporte y custodia del dinero público. Y seguro que no son cuatro pelagatos.

—Ya. ¿Y tu parte?

—El veinticinco por ciento, como siempre.

—Mucho es para lo poco que te ensucias las manos.

—Venga, Sebas, no me vengas ahora con esas. La información es poder.

—Claro, pero los que nos jugamos el cuello somos nosotros. De los cuatro atracos apenas hemos sacado dos duros para repartir entre todos. Y, sin haber estudiado el asunto, al menos vamos a necesitar a tres hombres más nosotros dos.

—Dos duros... Sebas, por favor, no me tomes el pelo.

A Montefalcone no le faltaba razón. Hasta el momento, en diez meses, el botín que habían acumulado en los cuatro atracos a oficinas de bancos de reciente creación ascendía a sesenta y ocho mil pesetas. De ahí, limpios, a ellos dos les habían quedado unas veinte mil, montante que no les llegaba para hacer las Américas, pero sí para vivir muy por encima de la media de los españoles. Aquel año, los salarios por jornadas de diez horas no superaban las seis pesetas en varones, y menos de la mitad en el caso de las mujeres. En otras palabras, que en el mejor de los casos, trabajando los dos, una familia no llegaba a ingresar tres mil pesetas al año. Teniendo en cuenta que el ochenta y cinco por ciento de los ingresos estaban destinados a sufragar los gastos de alimentación, el arriendo de la vivienda, los consumos y el vestuario, al español medio apenas le quedaban diez pesetas a la semana para afrontar otros lujos cotidianos.

—Tengo que hablarlo con ella.

—Por supuesto, amigo, por supuesto. Ya sabes dónde encontrarme cuando hayáis tomado la decisión.

La conversación con Antonia no se produjo hasta el día siguiente, pero, tal y como él había previsto, a pesar de que se lo pintó muy oscuro, la respuesta fue tajante: «Hagámoslo».

Como en ocasiones precedentes, aun siendo este robo el más ambicioso, los tres problemas que debían solventar

eran los mismos: el antes —la entrada—, el después —la huida—, pero fundamentalmente el durante. En ese punto crítico intervenían varios factores. En primer lugar el tiempo del que disponían para hacerse con el contenido de la caja, incógnita que solían resolver calculando la distancia que hubiera respecto a las dependencias del Cuerpo de Vigilancia y Seguridad o del puesto de la Guardia Civil que correspondiera. También había que tener en cuenta la hora del asalto, y si se producía a plena luz del día o a puerta cerrada. Por último, y este era el más complejo de todos, debían averiguar las medidas de seguridad a las que se enfrentarían. Porque nada tenían que ver las que existían en los pequeños bancos y cajas de ahorros de provincias con las de otras entidades que tenían presencia a nivel nacional, como era el caso. En ese aspecto, había muchas formas de conseguir esa información, pero solo una funcionaba. Una que combinaba la extorsión y la recompensa.

Y esa responsabilidad le correspondía a Antonia Monterroso.

El proceso arrancaba con varias visitas a la oficina bajo una identidad falsa y con la excusa de estar sopesando la posibilidad de depositar una cantidad que, sin ser muy jugosa, sí debía atraer el interés de alguien que estuviera por encima de un simple cajero. El subdirector o el interventor solían ser los elegidos, todo dependía de quién tuviera más o menos cargas familiares, más o menos experiencia en el puesto, más o menos pinta de corruptible y otras variables, pero, sobre todo, de lo que decidiera Antonia dejándose guiar por su poderosa intuición.

Y rara vez solía equivocarse.

Tras un primer acercamiento *profesional*, ella se encargaba de provocar otro más cercano, en apariencia casual, que desembocaba en una conversación más íntima durante la cual ella evitaba hablar de cualquier aspecto

relacionado con el trabajo. A partir de ahí, haciendo buen uso de esas indagaciones, Antonia revelaba sus verdaderas intenciones y le ofrecía una jugosa cantidad de dinero a cambio de que le proporcionara información concreta sobre la caja de seguridad —marca, modelo, método de apertura, ubicación—, así como otros datos que pudieran ser de utilidad, tales como si contaban con personal armado o quiénes eran conocedores de la combinación.

Sobre el papel, la operativa no variaba, y no obstante, nunca era igual. Celestino Fuentes llevaba un año y cuatro meses como interventor de la oficina de Jaén. Con cuarenta y uno, tres hijos y una mujer a la que le gustaba hacer alarde de marido, podría decirse que había logrado alcanzar todas sus metas antes de lo que él mismo había programado. De mentalidad analítica, católico practicante y de bastante buen ver, Celes —como era conocido por su entorno más cercano— llevaba un tiempo evaluando la posibilidad de torear en plazas ajenas al matrimonio. Por eso, cuando aquella extraordinaria mujer que acababa de perder a su marido se había presentado en la oficina con la idea de abrir un fondo a largo plazo en el que depositar sus ahorros, no justipreció el beneficio que podría generar la operación para la central, sino que pensó en beneficiársela. Al principio, aquella posibilidad no había pasado de su imaginación, fantaseando por las noches con estrujar esos dos enormes pechos entre sus manos y practicar con ella las posturas que jamás se había atrevido a proponer a su mujer. Pero enseguida el destino quiso brindarle la ocasión de consumir esos anhelos gracias a un encuentro que se produjo en la taberna que estaba a dos calles del banco, en la que él solía ir a comer a diario. A Celes le sorprendió que Encarnación mostrara tanto interés en él, y ninguno por intentar obtener mejores condiciones, pero lo que más le gustó

fue lo cercana que se mostró; eso sí, manteniendo siempre la distancia y dignidad que le correspondía a una señora con mayúsculas. Esa misma noche, sobrexcitado, se empeñó en hacer el amor a su esposa, que, sorprendida por la insistencia, primero, y por su desempeño, después, terminó preguntándole qué había desayunado esa mañana. Fue en el cuarto encuentro, dispuesto Celes a subir un par de peldaños más en aquella floreciente relación, cuando la mujer a la que ya llamaba Encarni puso las cartas boca arriba.

—Por supuesto que sí, querido. Claro que estoy interesada en conocernos de un modo más íntimo, pero no como tú estás imaginando.

A Celes se le desdibujó la expresión de pubescente enamoradizo en el momento en que ella se giró para hacer un gesto al hombre que estaba comiendo dos mesas más allá.

—Tranquilo, que solo voy a presentarte a alguien.

—¿A quién?! —quiso saber él, notablemente agitado.

—No necesitas conocer su nombre, solo tienes que saber que es la persona que va a dirigir el atraco al banco en el que trabajas.

Su primera intención tras superar la sorpresa fue la de salir huyendo de allí, pero una mano que pesaba como un yunque en su hombro le impidió incorporarse.

—Si montas un escándalo, Rosamari lo va a lamentar —le susurró una voz al oído.

Bajo un bombín, un hombre de ojos oscuros lo miró durante unos segundos antes de rascarse una barba que sonó a lija de grano duro.

—Hace unos minutos acabo de ver cómo recoge de la escuela a Rosa y María, porque a la pequeña Pilar le quedan todavía un par de años para agarrar un lápiz, ¿verdad? Luego la he seguido hasta su casa y, como suele hacer los lunes, se ha pasado por la carnicería y

después por la panadería que está en la esquina para comprar pan, huevos y leche.

—Una buena alimentación es fundamental en esas edades —aportó Antonia.

—Eso si lo puedes pagar —completó el hombre.

Para aquel entonces, todo lo que había de barbián en la actitud del interventor ya había desaparecido.

—¿Qué demonios quieren de mí? —balbuceó Celes. Sebastián Costa aumentó la presión sobre el brazo.

—Que la escuches con mucha atención.

—Tranquilo, Celes —dijo ella agarrándole de la mano con delicadeza—, si haces lo que te decimos nadie saldrá malparado y tú te ganarás un sobresuelo con el que podrás comprarle algún capricho a Rosamari.

—Mi esposa no necesita nada, y menos comprado con dinero sucio.

—Miel sobre hojuelas. Más para ti. O, si lo prefieres, nos ahorramos los mil duros que pensábamos darte para que mantengas la boca cerrada.

Celes no se pronunció al respecto.

—Claro. Mejor eso que nada, teniendo en cuenta que no tienes alternativa.

—¿No la tengo? —se envalentonó.

—No, mira, yo te explico —retomó ella—. Si no nos cuentas lo que necesitamos saber o te vas de la lengua, nuestro camarada el Rubio, que está un poco mal de la cabeza, se va a poner muy contento. Es gitano. Pero no uno cualquiera y no, desde luego, por su color de pelo. Es de los malos. Malos de verdad. Pertenece a los Heredia, ¿te suenan?

—No.

—Pues son los que hacen y deshacen en el Campo de la Verdad de Córdoba. Le hemos ofrecido mil pesetas por cabeza por abriros la garganta a ti y a tu familia. Total, cinco mil. Tú el último, claro. Como ves, nos sale igual de precio.

Una densa gota de sudor recorrió la frente del inter-
ventor en sentido descendente.

—Tú decides. El día 20 de mayo a las diez de la ma-
ñana vamos a entrar en el banco donde tú trabajas y nos
vamos a llevar todo el dinero. Tenemos varias formas de
hacerlo, pero si no quieres que corra la sangre nos vas a
tener que ayudar.

—Tercer lunes del mes, claro. La partida del Con-
sorcio Minero.

—Chico listo. Es sencillo, tú te portas bien con noso-
tros y nosotros nos portamos bien contigo.

Celestino Fuentes bisbiseó algunos fonemas ininteli-
gibles al tiempo que se pasaba la mano por la cara como
si pretendiera borrar los rasgos faciales.

—¿Qué quieren saber exactamente?

—Empieza por hablarnos de la caja fuerte —dijo
Costa.

—Es una Fichet. El modelo no lo sé, pero es un ma-
motreto de casi dos metros de alto y más de una tonela-
da que está encastrado en la pared. El señor Fernández
dice que es indestructible y, como ya habrán imaginado,
solo él conoce la combinación.

—¿Cuál es el sistema de apertura?

—De esos nuevos que llaman giratorio de permuta-
ción.

—¿Sin llave?

—Sin llave —confirmó.

A Celes le pareció ver que bajo el bombín se ensom-
brecían aún más las graníticas facciones del rostro que
tenía delante.

—¿Dónde está?

—En el sótano.

El hombre extrajo un papel doblado del bolsillo inte-
rior de la levita, lo extendió y lo giró para que viera un
rudimentario plano de la oficina dibujado a mano alzada.

—¿Por dónde se accede al sótano?

Celes tomó aire por la nariz y extendió el índice.

—Detrás de la zona de cajeros están los despachos, a los que se accede, como bien sabe usted —recalcó mirando a Antonia—, por esta puerta de aquí —indicó—. En el otro extremo del pasillo, tras las cortinas, hay otra que da a las escaleras que bajan al sótano.

—Y que solo puede abrir el director, supongo.

—Así es —reconoció.

—Háblame de él.

Gervasio Fernández había sido trasladado desde Madrid tres meses antes de que inauguraran la sucursal del Banco Español de Crédito en Jaén. La tarea que le habían encomendado consistía en consolidar la presencia de la entidad financiera en la comarca gracias al enorme éxito cosechado por la oficina de Linares. Esta, aprovechando la presencia de acaudaladas empresas dedicadas a la exportación de minerales, se había convertido en la segunda sucursal más importante del banco, y a Gervasio le propusieron el difícil reto de, al menos, igualar las cifras de su predecesora.

Pero si alguien estaba preparado para asumir un desafío de esas características ese era Gervasio Fernández.

De familia adinerada proveniente de Burgos, los Fernández se trasladaron a mediados del siglo anterior a la capital madrileña para aprovechar las oportunidades que ofrecía una ciudad en continua ebullición económica. Siempre vinculados al mundo de la construcción, el joven Gervasio, recién licenciado en la Escuela Universitaria de Estadística, rompió con aquella inveterada tradición y en 1884 se dejó arrastrar por la imparable corriente de creación de bancos de emisión que, como flores en primavera, brotaban en todas las provincias del país. Tras su paso por pequeñas entidades en Tarragona, Santander, Zaragoza, Bilbao y Barcelona —localidades que vieron nacer a sus cinco hijos—, en los primeros meses del siglo que acababa de nacer recaló de nuevo en Madrid

para participar en la fundación del Banco Español de Crédito, logrando plaza de derecho en la nueva sede, inaugurada en 1902 en pleno paseo de Recoletos. En aquella nueva etapa, a pesar de su acomodada posición en el banco, Gervasio pasó de ser cabeza de ratón a cola de león, y algo en su interior le decía que su valía estaba aún por demostrar.

La oportunidad le llegó cuando el responsable de Expansión Nacional le propuso liderar el nuevo proyecto de Jaén. No se lo pensó, y solo dos semanas más tarde se trasladó con su mujer e hijos a la capital jienense. Él mismo negoció la compra del emblemático inmueble situado en el paseo de la Estación, antigua clínica odontológica del conocido doctor Bueno. De corte modernista y enclavado en una coqueta zona ajardinada, disponía de una aristocrática escalinata de acceso que dotaba de sobriedad a una fachada de estilo clásico rematada en la parte superior por un frontón partido sobre falsas pilas-tras.

Su nueva casa.

—Lo único que sé acerca de Gervasio Fernández es que es un hueso muy duro de roer y que no creo que le resulte sencillo que él les proporcione la combinación de la caja así como así.

—Eso ya lo veremos —contestó Sebastián Costa.

Y ahora acaba de comprobar que Celestino Fuentes tenía razón.

El plan de acción consistía en entrar en el edificio a las diez en punto, justo cuando la oficina abriera al público, reducir a los empleados y clientes que se encontraran en el interior e ir directamente al despacho del director. Una vez allí, mientras dos de sus hombres se encargaban de vigilar a los presentes y otro de controlar el exterior, Costa trataría de averiguar la combinación siguiendo el mismo método de extorsión que habían utilizado con el interventor: amenazando a su familia, de

quienes disponían ya de toda la información que necesitaban.

Lo que no había contemplado era la posibilidad de que Gervasio ni siquiera le permitiera *negociar*.

—Es usted Gervasio Fernández, ¿verdad? —le ha preguntado Costa al tiempo que lo apuntaba y amartillaba el revólver.

Sentado tras un escritorio de madera noble, impertérrito, engallado, el director de la oficina se ha pasado la lengua por los labios.

—Yo soy. ¿Y usted es...?

—Eso no le importa.

—Por supuesto. Qué podría esperarse de un pelamán armado que oculta su rostro bajo un pañuelo y un ridículo bombín calado hasta las cejas.

Y ha sido en ese preciso instante cuando Sebastián Costa se ha percatado de un detalle que le ha hecho enderezar el brazo para apuntarle al pecho y dar un paso adelante: la mano derecha del director no estaba visible.

—Muéstreme las manos.

—Pelamanillas...

Es lo último que ha dicho.

Acto seguido Gervasio ha sacado la mano que tenía bajo la mesa, en la que portaba un objeto metálico. Con buen criterio, Sebastián Costa ha elegido apretar el gatillo antes que esperar a cerciorarse de que se trataba de un arma. El proyectil del 45 ha entrado por debajo de la clavícula izquierda, perforando el lóbulo superior del pulmón antes de salir por la espalda, eso sí, previo agujereado de la escápula correspondiente. Un estropicio.

El viaje de la bala ha terminado en el mullido respaldo de la butaca de piel que hizo traer desde la sede del paseo de Recoletos.

—A la mierda —concluye Costa al ver cómo el cuerpo del director se escurre lentamente hasta el suelo.

Lo siguiente que hace, herencia de tantos años de

enfrentamientos armados, es asegurarse de que su enemigo no representa ningún peligro para él. Rodea el escritorio y comprueba que junto a la cajonera descansa una pistola de pequeño tamaño, una FN 1905 belga casi con total seguridad, tan popular como poco aconsejable. Tumbado boca arriba en el suelo, con la columna arqueada y los ojos muy abiertos, Gervasio Fernández boquea en su desesperado intento de capturar oxígeno. Sebastián Costa guarda el Webley en el cinturón, se arrodilla junto al cuerpo y le abre la camisa con la intención de comprobar el alcance de la herida. En la superficie del boquete de medio centímetro de diámetro burbujea sangre de un color rojo cereza. Mala señal. Según le explicó un médico de campaña, con cada inhalación, el aire entra en el espacio pleural, haciendo que aumente la presión para el corazón y los pulmones. Por ello sabe que lo primero que hay que hacer es tapar y presionar la herida, para lo cual se sirve del pañuelo que asoma por el bolsillo superior de la chaqueta.

—Atiéndame. Si sigue mis instrucciones tendrá una oportunidad —le dice al tiempo que le agarra de la mano—. Presione aquí con fuerza y respire con calma.

El director lo mira y parpadea varias veces, como si estuviera tratando de enfocar una cara que le resulta conocida.

—Enseguida vendrán a socorrerle —se despide.

Costa se incorpora. Gruñe. Sin posibilidad alguna de perpetrar el atraco, lo que toca ahora es salir de allí lo antes posible.

—¡Le he dicho que cierre el pico de una vez! —oye gritar a Santos, uno de sus hombres.

Se dirige a Celestino Fuentes, que, al verlo llegar, lo señala con el índice extendido.

—¡¿Qué ha sido eso?! ¡¿Un disparo?! ¡Usted me prometió que no habría heridos!

Las miradas atónitas de los dos clientes y los tres em-

pleados que están arrodillados con los brazos en alto convergen hacia el interventor. Las palabras de Celes le condenan. Costa no se lo piensa. Mientras recorta la distancia con él, echa la mano a la culata del revólver, lo saca y le descerraja un tiro en la frente. Una efímera nube roja nace en la parte posterior de su cabeza y descarga lluvia roja y granizo encefálico contra la pared. Una viuda y tres huérfanos se suman a los que acaba de dejar Gervasio Fernández, cuyo corazón ha parado de latir hace escasos segundos.

Una auténtica debacle.

Gritos.

—¡Nos vamos! ¡Ya! —ordena Costa—. ¡Y aquí todo el mundo permanece en el suelo con las manos a la espalda hasta que hayamos desaparecido!

Nadie se opone.

En el exterior, el contraste de iluminación obliga a Sebastián Costa a utilizar la mano como visera.

—¡Allí! ¡Vienen por allí! —avisa el Rubio, al pie de la escalinata.

Al fondo del paseo de la Estación se recortan las figuras de cuatro jinetes que galopan en su dirección.

—¡Hacia la plaza! ¡Corred!

La melena del Rubio encabeza el grupo, muy acostumbrado a correr delante de quienes le persigan. Le siguen Pedro Nieto, un habitual en el equipo, y Santos Medina, un cordobés con experiencia en robos seleccionado para la ocasión. Lo cierra Sebastián Costa, que hace sonar el silbato varias veces. Los transeúntes se apartan asustados al ver pasar a esos hombres armados con los rostros cubiertos.

En el extremo opuesto de la plaza de las Palmeras los espera Antonia Monterroso con el motor del Hispano-Suiza en marcha. Esta, que ha escuchado la señal, se cambia de sitio para dejar que Costa se ponga al volante en cuanto llegue. Se le acelera el ritmo cardíaco al inferir

que algo ha salido mal, porque de otro modo habría oído un solo pitido y los habría recogido en la puerta con el botín. Desde su posición ve aparecer al grupo. Están cruzando la plaza seguidos a unos cincuenta metros por cuatro jinetes uniformados del Cuerpo de Seguridad que abren fuego desde sus cabalgaduras. Es Costa el primero en responder a los disparos sin dejar de correr, actitud que contagia a Pedro Nieto, que no está dispuesto a regresar a prisión por cuarta vez.

—¡Tú sigue, yo los contengo aquí! —le grita a Sebastián Costa.

Este se detiene y dispara otras dos veces más, provocando que sus perseguidores desmonten y tomen posiciones tras la fuente que articula el espacio de la plaza.

—¡Vamos, márchate de una puta vez! —le insiste su camarada.

Costa le agradece el gesto con la mirada y reemprende la carrera.

Al llegar al vehículo, Santos y el Rubio ya están montados en la parte trasera, haciendo uso de sus pistolas al tiempo que gritan a su compañero rezagado para que se una al grupo.

Tarde.

Pedro se envara de forma repentina, suelta la escopeta y se lleva ambas manos al cuello. En esa misma posición recibe otro disparo, que le impacta en el pecho y le hace caer de espaldas, posición en la que pasa a engrosar la lista de fallecidos de la jornada.

—¡En todos vuestros muertos me cago yo! —les recrimina el Rubio a los policías justo en el instante en que Costa mete primera y acelera.

—¡Agachaos, cojones! —grita.

Ruge el Hispano-Suiza al pasar junto a la basílica de San Ildefonso, desde donde aún siguen escuchando las detonaciones que vienen de la plaza. Minutos más tarde, enfilados ya en la carretera que lleva a Granada, Sebas-

tián Costa y Antonia Monterroso intercambian miradas cargadas de decepción. Ella se siente tentada de preguntarle qué ha sucedido, pero sabe que no es el momento propicio.

Lo que no sabe ni alcanza a imaginar es lo que se les viene encima.